

Arquitectura de escape

Entre la realidad y el ensueño pendula en todo instante la existencia humana. Vamos a las cosas para deshacerlas y rehacerlas, haciendo de paso nuestra vida, o nos abroquelamos en la intimidad, para crear desde ella el universo.

A esta fuga de las cosas se le llama evasión. Las formas de la evasión son incontables, y la arquitectura, desde sus primeros balbuceos, nos da buen testimonio de casi todas ellas. El que se evade, es decir, el que se fuga de las cosas para rehacerlas desde sí mismo, obra así porque no encuentra en ellas lo que necesita para ser dichoso, pero como el mundo está siempre falto de rectificaciones, enmiendas y reajustes, aparece siempre la evasión como una de las formas de la cobardía o, en el mejor de los casos, de la pusilanimidad. Es más cómodo vivir dentro de sí mismo como mecido por ráfagas de ensueño; el mundo se configura así a nuestro antojo, y podemos sentirnos jóvenes después de los setenta años, millonarios aunque vivamos en la pobreza más solemne y estimados de todo el mundo aunque pasemos los últimos días de nuestra vida en la soledad.

La arquitectura de escape es fruto de todos los tiempos, pero abunda más y prolifera en tiempos de decadencia. Las gentes quieren esquivar los perfiles contundentes de las cosas y dejarse llevar de sus deseos; es como si se hubieran propuesto ir por el mundo con los ojos cerrados. La evasión, tanto en los dominios de la arquitectura como en los dominios del arte en general se llama también esteticismo; el esteta no acude nunca a las batallas que le ofrece su vida. No es fácil encontrar nada en este mundo que justifique la huida de ninguno de los combates que nos han sido impuestos.

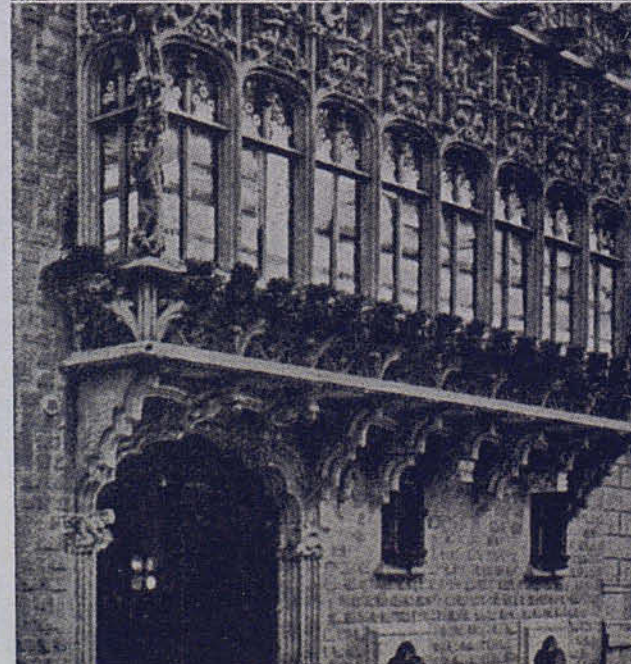
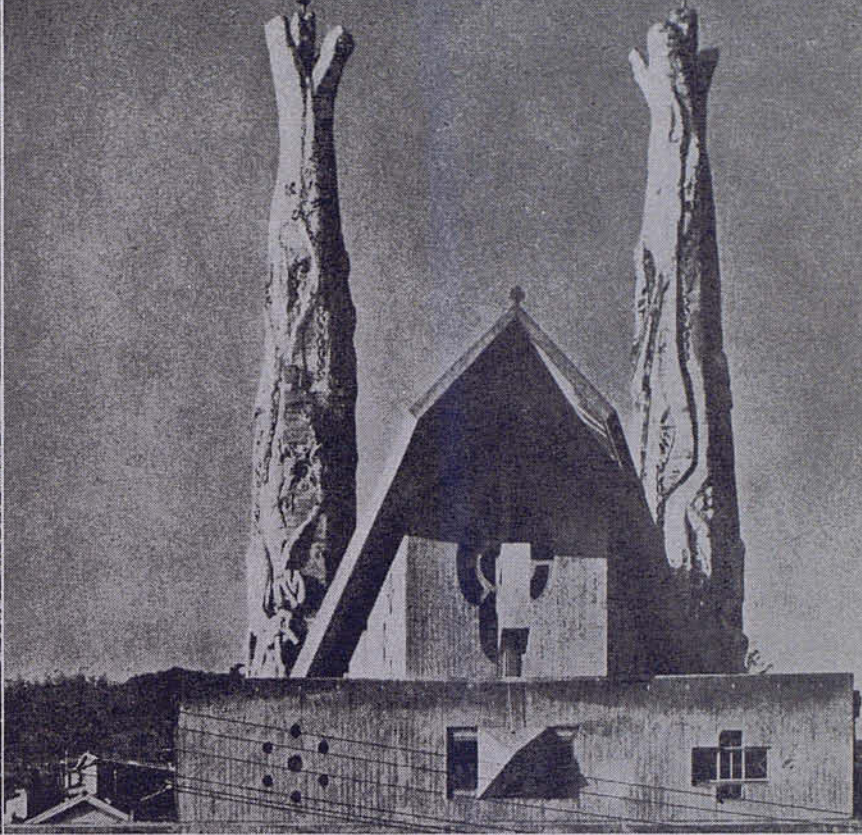
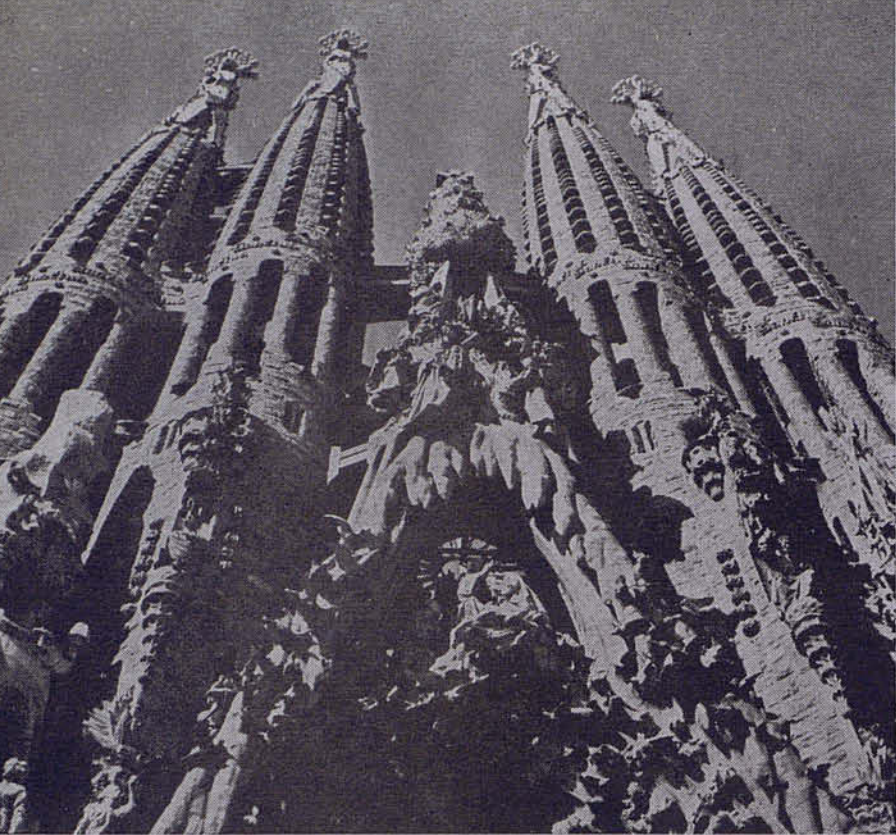
No tendría sentido el confundir la arquitectura de evasión con la arquitectura personal, es decir, con la que hace del hombre y de sus preocupaciones el centro de gravedad de su interés. Haría falta mucha imaginación para incluir a Gaudí en la grey de los evadidos o fugitivos. Lo que hace del hombre, del arquitecto y del artista un tráfuga no es el tema, es el modo de tratarlo, es la intención. Muchas obras de nuestro Renacimiento son ejemplo ilustre de lo que fue entre aquellos hombres la arquitectura de evasión; tan exhuberante, tan seductora y tan viva, que mantuvo a dos o tres generaciones arrulladas en un dulcísimo ensueño; y al sobrevivir la crisis histórica de la sociedad espa-

ñola, les fue difícil reaccionar. Porque la arquitectura de evasión del XIX-XX, como la de los hombres que vinieron inmediatamente después, en vez de revelarnos lo que realmente era el país, nos inventó una nación que, al ir a buscarla, no se encontraba por ninguna parte.

Hay una arquitectura de escape impuesta como un destierro o como una cárcel; se va haciendo poco a poco porque la realidad oculta su rostro, porque las cosas esconden su secreto, porque la mirada del arquitecto no logra nunca traspasar las superficies. Y, naturalmente, tiene que contentarse el buen hombre con hacer estética, con hacer del vidrio, el aluminio, etc., la realidad primordial. Parece un capricho del mundo el que, de pronto, se revele en cuerpo y alma o se esconda a la mirada de los artistas como una jovencita pudorosa o como un anciano hartado ya de que le vean. El hecho es que la arquitectura de evasión es señal en todos los tiempos de incapacidad para aprender algún sentido de los muchos que tiene el mundo y la vida humana. Pero también es a menudo signo de insinceridad, ya que el arquitecto modela y habla sus signos, aunque sabe muy bien que no tiene nada que decir. Así, pues, la arquitectura de evasión delata una incapacidad para guardar reposo cuando lo mejor que puede hacer el arquitecto es estar inmóvil.

La evasión, cuando se convierte en costumbre, en hábito, acaba por envaguecerlo todo; a fuerza de arrojar a todas partes formas inertes nos adormecemos en su murmullo, sin voluntad siquiera para desperezarnos. Además de ser incapaces para descubrir ninguno de los arcanos del universo, somos incapaces de entender ninguno de los significados de las hechuras que damos a los materiales, que brotan y se desbordan como un torrente que quisiera arrastrarnos. La verdad es que resulta muy penoso para el arquitecto, y para el artista, la disyuntiva con qué entonces se tropieza: o el silencio o la evasión.

El ingeniero y el médico, aunque no tengan nada que decir, pueden apoyarse en su técnica; el sacerdote, en la sabiduría de su iglesia, y el juez, en la fuerza de sus códigos. El arquitecto, forzado por su inspiración y por su oficio a dar testimonio de lo que está haciendo y aún lo que flota todavía en los nimbos del presentimiento, no tiene más remedio que afrontar esta dramática disyuntiva, que pone en conflicto con la vocación las exigencias primarias de la vida humana.



1	2
3	5
	6
4	7

1. Gaudí: Templo de la Sagrada Familia. Torres de la Fachada del Nacimiento. (Construcción 1928). — 2. Templo conmemorativo de los 26 mártires del Japón, Nagasaki. Arquitecto: Kenji Imai. 1952. — 3. Catedral de Barcelona. Fachada, 1890. — 4. Casa del Barón de Quadras. Barcelona. Arquitecto: Puig y Cadafalch (1869-1956). — 5. El Partenón (reconstrucción). — 6. Iglesia de la Madeleine, París (Arqto.: B. Vignon, 1762-1846). — 7. Ministerio del Aire. Madrid. Arqto.: Gutiérrez Soto. (Proyecto: 1942.)